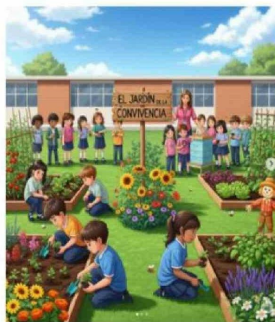


Un espacio para sembrar humanidad

Texto: José Miguel Paredes – Imagen: Google Images.

HOY POR HOY habitamos un mundo inmerso en la confusión, donde el referente ético que



protege el sentido de lo humano dejó de ser relevante o garante de la paz social. El nuevo escenario que se levanta en la actualidad, aún a costa de la negativa del sentido común, tiene como fundamento la lucha cruel y despiadada del otro sobre un legítimo otro con falsos principios y acciones altruistas queriendo convencer al vulgo de la bondad de sus acciones.

Construimos una sociedad

del engaño, cuando encontramos a quien engañar y confeccionamos propuestas con discursos engañosos. En este contexto todo parece ser válido con tal de alcanzar el objetivo propuesto que no trasciende los límites de su naturaleza, ya sea esta económica, espiritual o política. Sin embargo, a poco andar comienzan a aparecer los costos humanos que ese ideal trae consigo y la búsqueda de responsables que podría suponer la reparación el daño, pero no obstante avanza implacable e indolente.

Surge la pregunta ¿cómo una sociedad que apostó su confianza

e hipotecó sus esperanzas para vivir mejor y hoy vive la angustia de perderlo todo puede volver a recuperar lo perdido? Por qué nos hemos quedado impávidos ante la muerte indiscriminada de miles de hombres, mujeres y niños, sin poder evitar tales atrocidades; por qué las supuestas organizaciones encargadas de velar y asegurar la paz internacional de las naciones ya no son referentes de autoridad que puedan detener acciones bélicas que aniquilan a la población y que fueron creadas precisamente por eso.

¿Será la escuela el único bastión que tenemos para forjar una

sociedad civilizada, donde el valor de lo humano y la inclusión del que es distinto ya no sea una política estratégica sino un indiscutible para vivir en armonía?

¿Qué podríamos esperar de las acciones de las escuelas cuando fuera de sus muros nos encontramos con familias deterioradas económicamente y por consiguiente alteradas en sus relaciones socio-psico-emocionales; cuando los subsistemas del estado no garantizan las prestaciones básicas que tienen por finalidad; cuando las políticas públicas de salud mental no logran absorber las demandas de la nuevas

generación de niños/as y adolescente que el mismo sistema ha creado; cuando las acciones de los actores judiciales abandonan los requerimientos de una población que exige lo que se merece.

Nuestras escuelas son una micro sociedad, ella absorbe lo que ocurre con voracidad en su exterior y se resiente de todo cuanto allí ocurre. Ellas son el reflejo de lo que en la sociedad se vive, pero con la diferencia que en su interior aún existen espacios formales donde el diálogo y el respeto por el otro son referentes de la norma social y la resolución de conflictos.